



No habían pasado aún diez segundos desde que ella había bajado de su coche, y él seguía hablándole como si siguiera allí, sentada a su lado.

En realidad fue ese el único momento en el que se atrevió a decirle todo aquello que no pudo hacer al estar frente a ella.

Era en esos momentos, observando cómo se iba alejando del coche, cuando volvía a él su imagen desnuda y el verdadero sabor de sus besos. Era entonces cuando volvía a sentirse capacitado para unir dos frases seguidas.

¡Te amo, amor mío, y siempre te amaré! – le gritó, con el cuerpo aún convulsionado por las fiebres contagiadas de su piel, y con el ánimo aún elevado al mismo cielo.

Estaba en estado de shock, con convulsiones que escapaban a su control, con su electricidad aún pegada al cuerpo, y nervioso – muy nervioso - por lo que acababa de ocurrir entre ellos. Estaba intentando asimilarlo – en realidad nunca podría hacerlo - mientras la observaba caminar, alejándose de ese coche que les había unido ya para siempre.

Ella caminaba de espaldas a él, con paso ligero, e intentó encender un cigarro que acababa de sacar de su bolso. El nerviosismo se lo impidió, y tuvo que intentarlo varias veces, mientras él deseaba volver a fumar después de muchos años sin hacerlo.

¡Qué mejor ocasión que esa! – pensó aún aturdido, con deseos de gritar todos esos goles que no marcó cuando niño, todas esas carreras que no ganó en el instituto, todas esas chicas que no besó en la playa, y todas esas ilusiones frustradas que dejó aparcadas en alguna otra época. No podía dejar de mirarla... Tampoco quería.

No podía dejar de amarla... Tampoco podría.

Aspirando fuertemente del aire que ella acababa de dejar allí adentro, intentó no perder una sola esencia del perfume que ella había transpirado durante todos esos minutos llenos de eternidad.

Y es que todo él olía ahora a ella... y eso era mucho.

Eso era algo que siempre había deseado pero que nunca había dibujado en la realidad, como pasaba con esos goles, con esas carreras, y con esos besos que un día pasaron de largo.

Durante muchos años ambos habían permanecido siempre más alejados de lo que habían deseado, y siempre con ese amor desmedido guardado en el cajón de los secretos. Tan en silencio lo hicieron que ni ellos mismos fueron capaces de saber de los sentimientos del otro. Él siempre imaginó que ella también podría sentir algo parecido... A ella le pasaba igual, pero nunca fueron capaces de decírselo. ¿Cómo hacerlo?

Hasta ese día habían vivido un amor imposible en silencio, como tenía que permanecer un amor como ese.

En realidad su amor ya se lo habían declarado unos meses antes, pero habían conseguido mantenerlo en el platonismo a base de auténtica fe, mucho sacrificio y una buena dosis de flagelaciones espirituales.

En cambio, esa tarde, habían dado dejado al fin que fuera la química – o la física – quien se encargara de hacerles saber que el cielo existía también, y que estaba en la misma tierra que ellos pisaban a diario.

Se habían cumplido ya casi seis meses desde que todo empezó entre ellos, y, por fin, habían hecho realidad eso que les calificaba hasta ese momento como amantes platónicos.

Él llevaba soñando con ella casi desde que la conoció – en realidad no tanto - y soñaba con sus besos, con sus caricias, con sus deseos, con sus anhelos, a pesar de que ella pertenecía a otra persona, como le pasaba a él mismo.

Se veían mucho menos de lo que a ambos le hubiera gustado. En realidad se veían muy poco, pero siempre que lo hacían, era la química la encargada de hablar por ellos.

Fue en un día extraño y caluroso cuando todo salió a la luz entre ambos, y las cartas marcadas quedaron al descubierto. Desde entonces cada uno supo el juego del otro por lo que esa partida solo podría terminar en tablas.

En silencio, en compañía de una multitud que para nada le molestaba, jugó a saber si ella sentía lo mismo, como así empezaba a creer, y como así siempre había sospechado.

La observó desde la distancia, poniéndole pruebas y engaños, y ella sucumbió.

Él no lo pudo creer. Ella sentía tanto como él mismo, y decidió dar un paso más antes de caer en las redes de la demencia.

La siguiente tarde, inocentemente, se la encontró por la calle, montada en una vieja bicicleta.

Él la siguió, paseando también en la suya, y ella aceptó el juego, y juntos e inocentes pasearon, en silencio, compartiéndose más de lo que nadie podría sospechar.

Ese día se sintió feliz como pocos y se armó de valor. Le mandó un mensaje de móvil que ella aceptó y respondió.

Él le hablaba – disimuladamente – de lo bien que se sentía cuando estaba junto a ella. Ella – más disimuladamente aún – le respondía lo mismo.

Y ambos supieron que el amor que tanto deseaban era algo más que una quimera. Ese amor estaba allí, y nadie ya podría borrarlo jamás... ¡Nadie!

Otra mañana que salió de trabajar volvió a verla en la calle. Esta vez paseaba con sus gemelos, y la siguió, forzando el inevitable encuentro.

- ¿Podemos hablar un momento? – le preguntó él
- No sé – dijo ella muy nerviosa, quizás demasiado
- Es que tengo algo que quiero decirte, pero no sé cómo lo interpretarás
- Di – dijo sonriendo, encendiendo un cigarro mientras miraba a un lado y otro de la calle
- Pues que estoy enamorado de ti – le dijo sin pensarlo dos veces, dejándola totalmente noqueada
- ¿cómo dices? – preguntó sobresaltada aún por el impacto de lo que acababa de oír
- pues que no sé qué me pasa cuando estoy contigo pero no puedo dejar de pensar en ti. ¿A ti te pasa lo mismo?

¡Menudo mazazo que acababa de recibir!

Ella no fue capaz de responder. Ni siquiera fue capaz de pensar una respuesta que dar. Estaba desorientada, casi dolida, y solo deseaba salir corriendo de allí.

Si le decía que sí – porque ella misma sabía que lo que sentía por él era algo más que una simple amistad – podría ser peligroso, pero si le decía que no, podría ser que ese hombre desapareciera para siempre...

Aun así respondió que no le amaba, que le quería como amigos que eran, pero de otra manera diferente a la que él esperaba

- tú has confundido cariño con amor ¿no crees? – dijo ella, tan nerviosa que no acertaba a encender el cigarro que tenía entre sus dedos
- No creo – dijo muy serio, avergonzado y con ganas de que la tierra se abriera y se los tragara a los dos... A poder ser, que fuera a ella.
- Yo te quiero mucho, pero de otra manera... ¿me entiendes?... Además, estamos casados y somos felices en nuestros matrimonios. ¿No querrás hacer algo que dañe a tanta gente?
- Sí, tienes razón... Adiós – le dijo y salió corriendo aprovechando que a ella la llamaron por teléfono.

Se sentía tan confuso y tan insignificante que prefirió no salir de su casa para no encontrársela, y no mostrar así los signos de su más que previsible derrota.

Lo que no esperaba él – ni siquiera ella lo esperó– es que hubiera un cambio en la actitud de ella, que le buscaba entre la gente, mirándole extrañamente, como queriendo demostrar algo de arrepentimiento.

Él se emocionó, pensando que ella misma no había sido capaz de reconocer algo más que reconocible, y que empezaba a arrepentirse.

En sus miradas furtivas había algo que no encontró antes... En ellas encontró no solo amor, sino también deseo.

Y, a partir de entonces, habló el teléfono móvil... Tanto que acabó echando fuego.

Durante varios días vivieron un auténtico amor platónico, deseándose a todas horas, amándose solo a través de las miradas y de la imaginación, y ocultándose tras matorrales llenos de pasión.

Él quería besarla – y lo intentó en alguna ocasión. Ella no lo permitió.

Por suerte para ambos ella se marchó.

Se volvieron a separar, dejando de verse en mucho tiempo, pero ambos fueron alimentando su amor tarde tras tarde, solos en sus casas, por medio del teléfono y el ordenador, y dando rienda suelta a una pasión platónica que pronto dejaría de serla...

Eso lo sabían los dos, y los dos lo temían, pero también lo deseaban.

Asustados porque sabían que eso que sentían no era un simple accidente, o un capricho pasajero, lloraron en soledad, se desearon más cada noche que pasaron separados, y decidieron no acercarse más e intentar así que el amor se fuera como llegó.

No podían estar juntos, aunque fuera lo que más deseaban... Que lo era.

Tenían que terminar, cuanto antes, con algo tan excitante como peligroso. Ambos lo sabían, y ambos quisieron hacerlo... pero no pudieron.

¿Cómo renunciar al cielo cuando se llevaba persiguiendo durante tanto tiempo?

Y se convirtieron las tardes en largas noches de pasión y amor. Él esperaba su llamada. Ella hacía lo mismo... Los dos tan nerviosos como quinceañeros que ya no eran.

Y durante meses hicieron el amor a través del teléfono, de sus sueños, y, sobre todo, a través de unos ojos abiertos que no dejaban de mostrar el cuerpo del otro.

Ese amor platónico era hermoso, digno, y nada sucio, pero ambos sabían que el platonismo no es eterno.

Fue una tarde de Navidad cuando ella le dio su regalo de Reyes por adelantado.

Ya se había cansado de esperarla. Siempre que habían quedado ella no se había atrevido nunca a dar el paso definitivo... En el fondo, la comprendía.

Pero ese día todo fue diferente. Fue ella misma quien le llamó, invitándole a tomar un café para hablar tranquilamente de lo que les estaba pasando.

Él le dijo que en una cafetería no podrían hablar y que tenían que verse en un lugar solitario, donde nadie les molestara.

Ella dudó – y no sin razón – pues sabía que si se veían a solas no podrían reprimir ese ansia de poseerse que estaba empezando a volverles locos a ambos.

Él la deseaba como nunca había deseado a nadie... Ella le deseaba como nunca había deseado nada.

Esa misma semana había jugado otro imposible, sucumbiendo a unos deseos que se hacían difíciles de controlar. Ella misma le había escrito una carta, y quería dársela en persona.

- Nos vemos en cinco minutos en el parking del restaurante, a las afueras
- Está bien – dijo ella y colgó.

Él no terminaba de creerlo. Aun así se dirigió hacia allí, y la esperó nervioso.

Los nervios se convirtieron en cuchillas cuando la vio aparecer a lo lejos, caminando con paso ligero, oculta entre un abrigo, y mirando hacia un lado y a otro.

A través de la luna del coche se miraron. Ella apagó el cigarro y sonrió... Temblaba.

- Estamos completamente locos – fue el saludo de ella, entrando y poniéndose el cinturón con mucha dificultad
- Sí, pero es algo que teníamos que hacer ya – dijo él, arrancando el coche y metiendo una marcha con la torpeza propia del día de su examen práctico.

En silencio recorrieron el trayecto. Ella miraba hacia un lado y otro. De vez en cuando le miraba a él, y se preguntaba qué estaban haciendo.

Él, viendo el estado nervioso de ella, le dijo que la comprendería si deseaba echarse atrás. Ella dijo que no.

- Con lo que me ha costado dar este paso no voy a echarme atrás ahora

Suavemente posó los dedos de la mano libre en las piernas de ella. Ambos se estremecieron.

El coche lo dejaron en la cochera. Nadie les había visto, y bajaron del coche en silencio.

Subieron juntos en el ascensor, ajenos a todo, y deseando solamente besar por fin aquellos labios con los que habían estado fantaseando durante tanto tiempo.

Cuando abrieron la puerta la casa estaba oscura y silenciosa. Ninguno dijo nada.

Ella dejó el bolso en el sofá mientras él intentaba abrir la ventana.

- No la abras, por favor – le dijo ella, de pie en medio del salón, mirándole... y esperándole.

Él se acercó lentamente, con más miedo del que nunca había tenido en su vida, deseando hacerle entender que lo que sentía no era solo físico. Él la amaba, aunque ni ella misma pudiera creerlo.

Ella esperaba en silencio, a punto de llorar o de desmayarse, y él se acercó tímidamente, alargó una de sus manos a su cintura, y la apretó contra su cuerpo tembloroso.

Por fin estaban abrazados el uno al otro, oliendo sus perfumes naturales, y sus manos empezaron a recorrer ambas espaldas.

¡Por fin! – pensaron los dos en silencio, a punto de echarse a llorar.

Su pelo olía, sabía, y se veía entre la oscuridad como la misma cerveza recién derramada, esa capaz de saciar toda la sed y todos los calores que nacen en el tórrido verano.

Su pelo parecía también un campo de trigo mecido por el viento, esparciendo a su paso por mi atmósfera vital miles de espigas doradas que brillaban tanto como el sol que las iluminaba.

Y ese manto de arena, dorada por unos lados, oscurecida por otros, terminaba en una playa rojiza, con dunas suaves de pómulos de seda donde cinco lunares bailaban al compás de una canción interpretada por dos labios afrutados que guardaban un cálido instrumento en su funda de terciopelo rojizo.

Sus largos mechones ondulaban a los lados de su cara, y vio de cerca el tono de su piel tostada como si para él fuera siempre verano.

Le deslumbraba el color de toda su persona, y le hizo recordar un luminoso atardecer en aquel sitio donde tanto se amaron, ocultando sus deseos y sus anhelos que, por fin, se iban a hacer realidad.

Su pelo parecía hecho por láminas casi invisibles de aire, y él tuvo la tentación de robarle uno. Dejó de aspirar de esos millones de láminas sedosas y centró su ser en esa cara que a punto estaba de llorar.

Y la abrazó con todas sus fuerzas, y respiró de ella.

¡Por fin! – pensó ella, recibiendo el abrazo tierno de su amante.

Lentamente acercó sus labios a su boca y temió. Temió por si nada era como habían imaginado... Temió también por si todo era mentira y ese primer beso les hacía ver que nada de lo que ellos mismos habían escrito fuera realidad, sino una novela ajena a ellos.

Pero no fue así.

El beso despertó un viejo volcán dormido que no tardó en entrar en erupción. Su boca se abrió y pudo penetrar en ella, alimentándose de todos los frutos guardados para él y recibiendo millones de esencias desconocidas y que, poco a poco, comenzaba a descifrar.

Recibió esencias frutales, olores de flores desconocidas, y mieles tan dulces como imposible era de imaginar.

Y se convirtió ella en la flor que no podían dejar de mirar sus ojos. Y se convirtió también en la jugosa fruta que tanto echaban de menos sus labios.

- Te quiero – le dijo él, temeroso aún, pero más seguro que nunca
- Yo sí que te quiero – dijo ella, separando por primera vez sus bocas para que el aire entrara, y apretando su cuerpo contra el de su nuevo amante – pero como no te puedes imaginar...

- Yo te amo... ¿sabes? – dijo, mordisqueando su labio inferior mientras sus manos ya estaban dentro de su jersey, acariciando su piel erizada y caliente
- Y yo, amor mío, y yo – dijo ella, abriendo de nuevo su boca y cerrando sus ojos.

Volvieron a besarse, y lo hicieron por fin sin miedo alguno, dejándose llevar por lo que tanto deseaban y alejándose de eso que tanto temían.

Allí ya no había lugar para el reproche... Ya aparecería después cuando fueran otros los labios que besaran y otros los cuerpos que compartieran.

Sentándose en el sofá – sin separar sus labios en ningún momento – él adentró sus dedos por el jersey, acariciando su vientre y la tela del sujetador que sometía sus turgencias.

Ella le besaba apasionadamente, como si supiera que posiblemente esa fuera su única vez juntos, y cuando recibió el roce de los dedos de su amante sobre la curva de sus senos desadormecidos, gimió como nunca antes había hecho.

Él paseaba libremente por ellos, como si siempre hubieran sido suyos, y ella se dejó acariciar alcanzando un placer difícil de someter y ante el que viviría condenada eternamente.

- Te quiero- volvieron a decirse una y mil veces, comprendiendo que lo que allí estaba pasando no había sido, ni de lejos, imaginado en esos meses donde tanto habían fantaseado a través del teléfono.

Sabedor de que el verdadero momento había llegado, la cogió en brazos y caminaron por el salón. En el pasillo caminó tras ella, cogidos de la mano, y la persiguió hasta la habitación donde, por fin, podría hacerla eternamente suya.

Ninguno podía terminar de creerlo. Estaban juntos, solos al fin, y desnudándose sin ningún pudor.

Primero ella se quitó las botas negras, después los calcetines. Él hizo lo mismo cuando ella empezó a quitarse el pantalón, que dejó caer sobre el suelo. Sus piernas eran tan bonitas como el mismo verano, y sus bragas negras no podían ocultar ya nada que él no pudiera ver.

Después se quitó el jersey, el sujetador negro, y se metió en la cama tan desnuda como él siempre la había imaginado.

La cama no tenía sábanas – ni las necesitaban – y tan solo se tapó con la manta que la cubría. Él se desnudó rápidamente mientras ella le miraba emocionada, excitada y asustada... ¿En qué orden? Sería difícil de decir.

¡Por fin estamos juntos! – pensó ella mirándole, devorándole con la mirada.

Desnudo y dichoso, a la vez que conturbado, él se adentró en las sábanas y pudo rozar ese cuerpo celestial que le había robado el seso.

De nuevo se besaron, y se acariciaron, y se hicieron suyos.

- Te quiero, te quiero, te quiero, te quiero, te quiero, te quiero – pensaron mil y una vez... Y mil veces más, mientras se miraban al tiempo que sus manos dibujaban cuadros extraños en los lienzos que eran sus cuerpos desnudos.

Mientras la miraba, disfrutando de esa mirada afrutada y cargada de una energía vital capaz de iluminar la habitación por sí sola, sus dedos acariciaban sus senos, bajaban a su vientre corvo, después a sus caderas y finalmente hasta sus muslos ardientes que no eran sino la puerta de entrada del mismo cielo puesto en la tierra.

- Esto no se puede volver a repetir – dijo ella, intentando mentirse a sí misma y acariciando su cuerpo también, aunque más tímidamente
- Ya lo sé – dijo él, mintiéndole también, sabedor de que no podría renunciar a algo como eso que estaba viviendo
- Lo digo en serio, cariño. Si nos descubren sería un desastre
- No pienses eso ahora, mi amor – le dijo él, besándola suavemente y subiéndose sobre ella, rozando al fin sus pieles alcalinas - ¿acaso no me quieres?
- ¿crees que si no te quisiera con toda mi alma estaría aquí ahora mismo?

Y él besó su cuello, notando cómo se erizaba su piel, y bajó hasta sus pechos, donde bebió de sus fuentes de miel.

Cada roce de sus labios sobre una parte de su piel era un canto a los dioses, y se bañó entre su rotunda belleza.

Al posar sus labios sobre cualquier parte de su anatomía las rosas de afuera se morían de envidia, adormecidas aún en sus tallos mientras esperaban una primavera aún lejana.

Entonces, besando sus caderas y recibiendo los latigazos de placer del cuerpo de su amada notó que de pronto todos los dolores provocados por la continuada ausencia de ella se aplacaban, haciéndose incluso agradables.

- Me vas a hacer enloquecer – le decía ella, entre susurros, y transfigurada, coleteando su cuerpo como si de una sirena se tratara.

Y allí, en ese cuerpo majestuoso, encontró el bálsamo imposible, ese capaz de entregarle la inmortalidad que nunca había deseado ni buscado. A su lado - ¡por fin! – nada tenía que temer... Ni siquiera a la muerte.

Fue entonces cuando pudo comprobar que al fin estaban compartiendo todas las sensaciones que en él se habían ido desbordando, día a día, desde aquel en que se declararon ese amor prohibido y que, por fin, pasaba a otra fase atravesando la puerta principal.

Y él, ajeno a todo lo que no fuera ella, siguió buscando la manera de conseguir el móvil lícito de sus deseos más ocultos.

Ella, disfrutando casi tanto como él, aún no fue capaz de alejar de su pensamiento a esos a los que tanto quería.

Y de pronto desapareció todo lo que no fueran ellos dos.

Primero desapareció la cama, después las sábanas, después el piso donde estaban, la ciudad, sus gentes...

Las de él... las de ella.

Fue allí, bajo su cuerpo, donde comprendió que nadie podría reprocharle nada nunca. Ella sabía que les quería, y siempre así sería, pero a él lo amaba.

Y sería precisamente por ellos por lo que estaría dispuesta a renunciar a él eternamente... ¿No es eso amor?

Y bajo ese cuerpo que desprendía alcalinas descargas ella se sintió doncella, y su boca fue la triaca que le alejó de ese dolor que ya empezaba a remitir, sintiendo que solo la Gran Separadora podría arrebatárselo ya.

Él no podía dejar de mirarla mientras hacía el amor, vestida con los siete velos que envolvían su piel trigueña, y gritaba.

Ella gemía gozosa... Después, sin que él lo esperara, lloró tibiamente.

- ¿Por qué lloras? – preguntó él, deteniendo su ímpetu y acariciando su bello rostro, embriagado por el vino que escapaba de la garganta de los barriles que eran sus ojos - ¿te duele, amor mío?

- menos de lo que debiera... - dijo ella, sintiéndose completamente mujer porque al fin su pensamiento escapaba de esas cadenas que ella misma se había impuesto, en un día no muy lejano - ...mucho menos.

Fue después, observando cómo se alejaba de su coche, cuando comprendió el significado de esas lágrimas manchadas de placer.

Ella lloraba porque le amaba, y porque allí mismo, mientras lo disfrutaba, estaba renunciando definitivamente a él y a todo lo que representaba... Que era mucho.

Y el dolor del que hablaba – ese que dolía menos de lo que debiera - era el de su marido y sus hijos, que habían desaparecido de su vida por primera y última vez.